

DÍA 1

Sé un cazador, no un monstruo

CAZADOR 03:00

Penitencia

La calle palpita al ritmo inestable de las antiguas farolas. Jirones de niebla se deslizan sin rumbo por el abandonado polígono industrial. Una figura encorvada avanza ajena a su entorno. Su respiración desacompasada, acompañada del arrastrar de sus pies, retumba amplificada por el eco de las naves vacías que deja atrás en su lenta procesión. Cada pocos pasos necesita detenerse para recuperar el aliento.

—Un último esfuerzo —gruñe, apoyándose en una farola mientras se frota los hombros.

No carga el mundo como Atlas, aunque en ocasiones preferiría que la suya también fuese algo físico.

Aprieta los puños, tensa el cuello y, gruñendo, alcanza el último tramo de la calle. Esqueletos de vehículos abandonados, desguazados por chatarreros más desesperados que valientes, lo saludan al pasar.

—Somos los únicos que aguantamos aquí —les saluda sonriendo.

Al fin, llega al camino que conduce a su santuario. En la esquina aún permanecen las mantas de los vagabundos que consideraron aquel un buen lugar para vivir.

—Pobres insensatos —murmura, deteniéndose unos segundos frente a ellas, alegrándose de tomar la decisión de conservarlas para advertir a los pobres desesperados que pudieran pensar lo mismo.

Aprieta los labios, inspira con fuerza y, concentrando sus escasas energías, emprende el camino con demasiado

ímpetu, resbalando en los guijarros húmedos por la neblina matinal, lo que le obliga a bracear para recuperar el equilibrio.

—Maldita sea —masculla, recuperando el equilibrio a duras penas y deteniéndose para afirmar los pies.

—Pronto amanecerá —dice, rindiéndose, estirando la espalda y masajeándose el cuello mientras contempla como el cielo comienza a teñirse de tonos rosas y anaranjados.

Suelta el aire despacio mientras su mirada recorre con calma los alrededores. La naturaleza cada vez se apodera de más naves, y las aceras casi no pueden distinguirse de los terrenos que las delimitan.

Su corazón recupera un ritmo calmado, y su vista se detiene en la fachada de su santuario: una vieja oficina de dos plantas, anodina, gris. Solo tiene dos ventanas en la planta superior, cubiertas por cortinas negras que parecen juzgarlo en silencio, devorándole el alma.

—Yo también soy un pecador... —dice, caminando de nuevo y notando cómo se le humedecen los ojos.

Agacha la cabeza, intentando esquivar la mirada acusadora del edificio. Nota su juicio en cada paso que le acerca a ella.

Patea los guijarros, y un sonido agudo, producido por algo de cristal, le responde, sobresaltándole. Busca el origen y se le revuelve el estómago al encontrarlo: un par de botellas vacías tras unos matorrales.

Al verlas, un doloroso recuerdo le vacía los pulmones: grupos de jóvenes consideraron su polígono un lugar ideal para organizar sus fiestas. Un día, al regresar de su sagrada misión, encontró su santuario rodeado por coches y jóvenes bebiendo y bailando... se le nubló la vista y fue incapaz de pensar, tan solo de actuar.

—Los errores nos convierten en quienes somos —dice, con

una mezcla de firmeza y resignación, abriendo la puerta del santuario.

Redadas policiales buscaron durante semanas por la zona. Ahí saboreó el pánico de fracasar. Estuvo a punto de prender fuego a todo y huir. Por fortuna –como siempre ocurre– el delicado manto del olvido se posó con el tiempo.

–¡Cada error pule una imperfección! –grita al cruzar el umbral, cerrando la puerta tras él. Eleva los brazos, sintiendo cómo los pecados abandonan su espalda, elevándose juguetones hacia su nuevo hogar.

–¡Nunca he vuelto a cazar inocentes! –grita, irguiéndose. Hincha el pecho, aliviado por el abandono del dolor.

–Aprendí la necesidad de crear reglas.

Respira con avidez, deleitándose en sentir cómo puede volver a llenar los pulmones. El olor a madera antigua lo envuelve como un bálsamo.

Enciende la luz. Todo permanece igual: mesas con documentos cubiertos de polvo, estores a medio bajar, una lámpara de escritorio volcada.

–Soy un cazador, no un monstruo –dice, acariciando con delicadeza la barandilla mientras sube las escaleras.

Al llegar a la planta superior, se dirige a la puerta del fondo, a la derecha. La abre y entra con paso decidido. Gira los hombros, el cuello. Su mirada analiza cada rincón mientras se frota las muñecas.

–¿Me habéis echado de menos? –pregunta con ternura.

Un laberinto de vitrinas, dispuestas simétricamente con apenas espacio entre ellas, ocupa toda la habitación. En el centro, una cama de madera es el único mueble en la sala. Da un paso. Apoya la mano con ternura sobre la primera vitrina. En su interior, una cartera de piel abierta deja ver papeles amarillentos por el tiempo. Cierra los ojos. Los

últimos instantes de la vida de su dueño acuden a su mente.

—Fernando —murmura entre dientes. Da un paso más y posa la mano sobre la siguiente vitrina.

—No se roba a quien no tiene —deja las palabras flotando en el aire mientras se aleja.

—¿Ahora yo soy ellos? —se pregunta, al llegar a la última. Se deja caer en la cama, arrastrándose hasta quedar tumbado en el centro. Saca del pantalón un teléfono móvil con la pantalla rota.

—Manuel, no se traiciona a las madres —dice, dejando caer el teléfono dentro de una vitrina en el suelo.

—Ya puedes descansar. Nunca más estarás solo.

El teléfono choca contra el fondo con un sonido sordo.

—Tarde o temprano, el malvado será castigado, pero los justos serán liberados. *Proverbios 11:21* —dice, concluyendo el ritual. Cierra los ojos para intentar dormir, aunque sabe que no podrá.

—Os creéis intocables, riéndoos de las leyes de los hombres, pero yo estoy aquí para que sintáis la justicia divina.

Se incorpora, sentándose en el borde de la cama.

Extiende la mano izquierda, abre un cajón, saca una libreta y un bolígrafo.

—Como siempre, son los inocentes quienes más sufren por los pecadores...

Sabe el dolor que ha ocasionado y, por primera vez, siente que debe pedir perdón.

Apoya la libreta sobre su rodilla y comienza a escribir, esforzándose con la caligrafía:

Nací ya condenado.

—Condenado... —susurra. Su mano no puede seguir escribiendo.

—¿Quién cargará con mis pecados? —balbucea, deslizándose

el bolígrafo de entre sus dedos y golpeando el suelo.
-Igual moriré.

SEÑOR 06:10

Nuevos tiempos

Las paredes desnudas de la habitación brillan con el reflejo anaranjado del sol, que empuja con timidez el protector manto de la noche.

Una ventana sin cortinas, una cama vieja y un diminuto armario con las tablas mal clavadas es todo lo que habita en su interior.

—Una habitación no necesita más —murmura ahora la mujer recordando la frase que su padre decía con tono cortante a la niña que le imploraba poder decorarla.

Un calambre en la espalda le hace mover los hombros y estirar las piernas. Lleva horas levantada, tantas como ha durado la noche.

Permanece de pie, tensa, sin un solo pelo de su densa melena negra fuera de su sitio. Los puños apretados vibran al ritmo de los latidos de su corazón. Cierra los ojos e intenta centrarse en todo lo que le está sucediendo.

Los aspersores del jardín se ponen en funcionamiento sobresaltándola y haciendo que regrese al presente.

—La inactividad es la muerte —dice relajándose—. El dolor ayuda a pensar.

Abre la mano derecha, un pequeño trozo de papel arrugado descansa en su interior.

—Hijo mío... —murmura notando cómo las lágrimas amenazan con brotar—. Cierra de nuevo el puño y ordena los pensamientos mientras se dirige al armario.

—Tan solo es otra guerra, debo planear una estrategia.

Hace años aprendió, de la forma más dolorosa posible, que la impulsividad –ese rasgo tan característico en los hombres de su familia– no sirve de nada. De hecho, es lo que ha ocasionado que ella, una mujer, sea ahora la cabeza de la familia Saavedra; a largo plazo, eso es lo que la distingue de ellos.

Mira el interior de su armario, tan solo hay un traje y un vestido.

–Hoy toca combatir... –murmura cogiendo el traje, de hombre, y vistiéndose.

En la parte inferior hay unos zapatos y una pequeña agenda de tapas duras. En el mismo movimiento abre la agenda por la mitad e introduce el papel, cerrándola a continuación con un golpe seco para guardarla en un bolsillo interior de su americana.

–No existe la casualidad –se dice a sí misma, recordando la importante reunión con la junta directiva que tiene a mediodía.

Pantalones y americana blanco roto de pura lana-seda, camisa de un gris tan claro que parece blanco. Cierra los ojos mientras se hace el nudo de la corbata de seda magenta, una manía convertida en ritual por no haber tenido nunca un espejo propio en su habitación.

«Quien necesita un espejo para asegurarse de que está correctamente arreglado, es que no lo está».

Otra frase que no se cansaba de repetir su padre. Ella, con su blancura de piel, la intensidad de su cabello negro y sus profundos ojos verdes, sabe cómo la ven los demás; y eso es lo que importa.

—Preparada —dice con voz firme dirigiéndose a la puerta y abriéndola con tanta fuerza que escucha como el yeso de la pared se resquebraja por el impacto.

Las luces de colores reflejadas de las vidrieras del techo la ciegan, escucha pasos, aunque no logra ver de quién se trata.

—Señora... Señor —se corrige una tímida voz de mujer a su lado.

—¿Sí, Maite? —responde ignorando el lapsus con una sonrisa cansada—. Es la única persona a la que le permite esos deslices.

—Rodolfo está esperándole como usted ordenó. Ha preparado el coche en la puerta principal.

—Gracias —responde girándose para marcharse—. Señor... —llama con voz débil Maite—. Tenga cuidado, por favor.

La mira a los ojos de forma directa, como la miraba cuando le curaba las heridas que se había hecho trepando a los árboles del jardín. Los ojos de Maite brillan por las lágrimas contenidas.

Señor se gira y comienza a bajar las escaleras para evitar que le ocurra lo mismo, centrándose en los crujidos que emite el suelo de madera mientras baja los peldaños.

—Siempre son impares —murmura mientras respira el aroma al barniz de la barandilla mezclado con el café de los trabajadores.

Los recuerdos de los desayunos familiares, tan lejanos como pertenecientes a otra vida, le acompañan hasta llegar a la entrada. Allí, una pared llena con retratos de varias generaciones de los cabezas de familia Saavedra la juzgan.

—Arrogantes... —masculla desafiando a los ancianos que la menosprecian desde una altura superior recordándole que nunca será digna de estar ahí, junto a ellos.

—Porque nací sin pene —dice escupiendo las palabras. Una molesta vibración le saca de sus pensamientos. Coge el teléfono móvil para mirar de quién es la llamada.

—No tengo tiempo para hablar —dice como saludo al jefe de la seguridad privada.

—Ayer alguien entró en mi casa, pudo llegar hasta mi habitación, y tuvo la desfachatez de dejar una nota en mi cama para que fuese consciente de ello.

Enumera, con tono firme, haciendo énfasis en cada «mi»—. Despida a todo el personal, revisen el sistema y traiga profesionales de verdad.

Guarda silencio unos instantes, animando a que se atreva a replicar algo su interlocutor.

Cuelga tras unos segundos de silencio y mira de soslayo a la joven que espera temblando junto a la puerta para abrírsela.

Rodolfo la avisó de que hoy comenzaba a trabajar y no recuerda su nombre, una falta de respeto que la mortifica.

—Te lo regalo —dice introduciéndole el teléfono último modelo en un bolsillo de su uniforme—. Cuando regresemos dile a Rodolfo que lo borre y te lo prepare.

Es la única forma que se le ocurre para que no se dé cuenta de que no la saluda por su nombre como al resto del personal.

Abre ella misma la puerta y la cierra con delicadeza tras de sí, notando cómo la paz del exterior inunda sus sentidos.

Huele el bosque, las flores, aire puro y fresco que refresca su piel. El alegre cantar de los pájaros y la brisa cantando entre las hojas. Estira los brazos y llena sus pulmones. Van a pasar muchas horas hasta que vuelva a tener esta paz. Su mayor deseo es construir una cabaña en ese terreno y prender fuego a la mansión familiar.

—Buenos días, señor —saluda Rodolfo, sacándola de sus ensoñaciones. Es un hombre espigado, de una edad indeterminada entre los cincuenta y sesenta años. Va vestido con un elegante traje gris y una camisa color salmón, sin corbata pero planchado de forma metódica.

—Buenos días —responde mientras baja los escalones de piedra.

Rodolfo la espera sujetando la puerta del pasajero del recién lavado Rolls-Royce Phantom. Se sienta en el centro de los asientos traseros y pasa los brazos sobre los reposacabezas.

—¿Dónde quiere ir hoy, Señor? —pregunta Rodolfo tras dar la vuelta al vehículo y sentarse en el asiento del conductor.

—Querer... a ningún sitio. Sin embargo, debo ver a mi hermano.

—Como desee, Señor, pero póngase el cinturón de seguridad —responde Rodolfo colocándose en su asiento y comprobando por el retrovisor cómo Señor lo hace poniéndole muecas.

Arranca el motor y conduce de forma suave hasta llegar a la autovía. Al incorporarse al tráfico, enciende el equipo de sonido, selecciona música de Vivaldi y no vuelve a abrir la boca.

El trayecto dura casi cuarenta minutos bordeando la Ciudad Nueva hasta llegar a la Vieja a través de la nueva autovía. Señor contempla por la ventanilla como las nuevas urbanizaciones de lujo, incluso pequeños palacetes, están devorando el bosque que tanto ama.

El mismo que tan orgulloso construyó como símbolo de poder su padre y ahora es devorado por la avaricia.

—Nunca cambiamos —dice Señor mirando con tristeza por la ventana viendo como el bosque deja paso a

descampados, barrizales y al fin a montañas de basura y chatarra.

El Rolls Royce avanza despacio hasta detenerse frente a una verja que se abre con un chirrido. Continúa por un camino lleno de charcos hasta una zona en la que hay varias casetas; una de ellas tiene un cartel hecho con cartón donde pone «oficina» pintado con spray, y a su lado se ve un amarillento equipo de aire acondicionado.

Frente a ella hay tres casetas idénticas salvo por el letrero, donde se detiene el vehículo.

—¿Quiere que le acompañe, Señor? —pregunta Rodolfo al apagar el vehículo antes de bajarse del coche para abrir la puerta como manda el protocolo, dándole tiempo para pensar la respuesta.

—No —responde—. Asegúrate de que nadie nos moleste.

—Entendido, Señor.

Rodolfo comprueba con movimientos rápidos que su pistola está cargada y con el seguro quitado antes de volver a guardarla bajo su chaqueta. Señor mira unos instantes las casetas frente a ella.

Hace años que su hermano vive ahí; sin embargo, nunca le ha visitado. Se arma de valor, da dos pasos, empuja con suavidad la puerta y entra.

—Hola, hermana —le saluda una enorme bola de grasa y músculo sentada en un sillón, vestida tan solo con unas ajustadas bermudas que hace años dejaron de ser su talla. Sostiene un iPad Pro de 13 pulgadas que en sus manos parece un simple teléfono.

Señor no responde, solamente lo mira. Pese a la cura que otorga el tiempo, hay heridas que no cicatrizan. Un incómodo silencio gobierna la habitación durante varios minutos.

–¿Qué necesitas? –pregunta al fin su hermano con una voz tímida que contrasta con su físico. Señor se repone. No le salen las palabras, así que camina hasta colocarse frente a él mientras saca la agenda del bolsillo interior y busca la nota.

–Lee –dice pegando la nota con el poema en la pantalla de su iPad.

Nací ya condenado,
sin grilletes, sin soga.
¿Libre? No, ni juzgado.
Ya me pesa la soga.

Mi existencia es efímera,
no debí llegar a existir.
¿Tal vez una quimera?
Mentira, pues puedo sentir.

Sin esperarte, nos hemos hallado.
Ya en mi alma, tu rostro quedó grabado,
y es ahora cuando estoy derrotado.
Al matar a tu hijo, me he sentenciado.

Junto a mí lo he guardado,
de tu vida lo he alejado.
A mis espaldas lo he cargado.
En mi vitrina no será olvidado.

–¿Qué es esto? –pregunta, extrañado, tras leer el papel.
–Alguien entró ayer en casa y lo dejó sobre mi cama.

Señor se siente torpe, nota que no puede estructurar frases completas.

—¿Y por qué me lo traes? —Acher se incorpora, da la impresión de que va a chocar con el techo.

Con pasos vacilantes se dirige hasta la pared del fondo y abre las cortinas. La luz perfila cientos de heridas de distintos tamaños por todo su cuerpo.

—Hace un mes que desapareció Manuel.

Dice fingiendo buscar algo en su teléfono móvil. No soporta ver esas cicatrices, recuerda muy bien cómo se produjeron.

—En un principio pensé que se había fugado para conocer las subdivisiones de nuestras empresas... como hiciste tú.

Su voz se quiebra. Su hermano recibe las palabras como un latigazo, se encoge sintiéndose desnudo y se gira para ocultar las cicatrices de su espalda.

—Esa nota es la confesión de su asesinato —dice al fin logrando recomponerse y usar un tono neutro.

El silencio regresa. Se miran a los ojos por primera vez en décadas, siguen pudiendo comunicarse sin necesidad de decir nada.

—Ese poema es burdo —Señor se centra en la visita, la primera tras décadas—. La persona que lo ha escrito no es hábil. Rimar «soga» con «soga» es de no tener estilo.

—Yo, tan solo soy un humilde chatarrero —sonríe Acher encogiéndose de hombros—. Todas esas cosas...

—¿Cuántos años llevas ya con este juego? —pregunta Señor clavando la mirada en su hermano—. No necesito a mi hermano empresario sin alma, y desde luego tampoco a un chatarrero... —Señor clava los ojos en los de su hermano sin terminar la frase.

—Entiendo... —responde girándose y se dirige a una pequeña nevera, la abre y saca una botella de batido de

fresa, abriéndola en el mismo movimiento, y da un largo trago.

—Impresionante... —dice Señor recordando cómo hubo una época en que su hermano únicamente se alimentaba de esos batidos para exasperación de su padre.

—¿Sospechas de alguien? —pregunta dejando la botella sobre la encimera.

—De todos y de nadie. —Señor mete las manos en los bolsillos y centra su vista en la punta de sus zapatos, como si eso le ayudase a centrarse—. La junta directiva va por mí —dice tras un lapsus, dirigiéndose a la mesita donde dejó su hermano el iPad; recoge la nota y la guarda de nuevo—. Hoy tengo una reunión convocada por ellos.

Su voz cambia, no tiene alteraciones, su respiración es suave y rítmica.

—Van a intentar expulsarme de mi propia empresa.

—Sigo sin ver qué esperas de mí —pregunta mirando con pena el escaso contenido del batido—. ¿Quieres que ayude a la policía?

—Lo que le pasa a la familia lo resuelve la familia —Señor hace un gesto despectivo con la mano.

—¿Qué debo hacer? —Acher también cambia su tono de voz, no quiere más rodeos.

—Encuéntralo y haz que sirva de ejemplo —dice tras unos segundos de duda.

Señor mete las manos en los bolsillos de nuevo, no sabe qué hacer con ellas y eso le preocupa.

—He intentado cambiar las cosas —se detiene frente a la ventana—. Sentía que al fin podía lograrlo, y como recompensa me arrebatan lo único que tengo.

—La gente te quiere y lo sabes —su hermano da un paso hacia ella, levantando una mano en su dirección, pero un

muro invisible lo detiene antes de comenzar-. Te respetan, eres su única opción de cambiar su vida.

–En la ciudad vieja, en tu territorio. –Se gira despacio para mirar a su hermano, ve su súplica en sus ojos, está derrotado-. Como he dicho, mi campo de batalla ahora es la ciudad nueva y ahí todos me odian.

Una sonrisa se dibuja en la ancha cara de Acher. Agarra la botella de batido y comienza a hacer que gire el escaso contenido en un remolino.

–Eso significa que estás haciendo las cosas bien, te recuerdo que a mí los de la junta me adoraban... –Se encoge de hombros sonriendo de forma estúpida-. Y mira mi recompensa.

–¿Y cuál es la mía? –replica sin pensar Señor-. Ni tan siquiera puedo llorar a mi hijo.

Señor se queda petrificada, no sabe por qué ha dicho eso, siente que el pecho le arde.

–Estás aquí porque quieres –responde Señor tras unos instantes para cambiar de tema.

–Estoy aquí porque lo necesito –responde Acher sin convicción, haciendo como si no hubiera escuchado a su hermana.

–Y yo te necesito a ti, al cien por cien. Así que te compro esto, voy a construir aquí uno de mis centros de formación, no quiero que pierdas más tu tiempo.

Señor observa a su hermano. Por unos instantes vuelven a estar en el salón de casa; vuelve a ser un joven elegante, escuálido y pálido por no darle nunca la luz del sol, flamante con su traje a medida y explicándole el mercado de valores con paciencia, los ambiciosos planes que tenía de expansión y cómo expandiría la Ciudad Nueva comenzada por su abuelo y que, ahora, es la Ciudad Vieja.

—Como quieras... —responde Acher lanzando el bote vacío a la papelera.

—Y cuando termine esto quiero que ocupes el lugar que te corresponde en la junta directiva.

—¿Yo? —responde sorprendido, sin ser capaz de terminar la frase Acher.

Señor no dice nada más, mira con detenimiento a su hermano retándole a negarle algo.

—Sabes que a Manuel le gustaba demasiado la noche e ir donde no debía ¿verdad? —dice Acher cambiando de tema de forma torpe.

—Hace años que tengo claro que mi hijo salió más a su padre que a mí... —murmura Señor.

Al decir esto se endurece y su hermano se congela, adquiriendo su tez la blancura del papel.

Aprovechando la commoción, Señor da unos rápidos pasos hasta la puerta, la abre y, mientras la está cerrando, duda, se gira y mira a su hermano de reojo.

—Ten cuidado con lo que te encuentras.

EL RICHAL 07:30

Raíces

La calle se sobresalta con el botar de una pelota desgastada y los gritos de unos niños corriendo por la calle tras ella.

Hace escasos minutos sus padres arrastraban los pies bostezando para ir a buscar el sustento y ahora ellos, despreocupados, son los que disfrutan de un nuevo día.

—¡A ver si le das al semáforo! —grita un niño pasando la pelota a su amigo. Este la detiene con el pecho dando un pequeño salto y de una patada la lanza a un portal que se encuentra a bastantes metros de distancia del semáforo.

—Casi... —replica su amigo dándole ánimos mientras otro corre a buscar la pelota al otro lado de la calle.

Siguen riéndose y corriendo ajenos a todo lo que no forma parte de su juego, al contrario que los edificios que fingían seguir dormidos por miedo a los gritos que salen de casa de La Asun.

—¡Mátame, mátame, maldito, cobarde! ¡Acaba con esto de una vez! —grita una voz de mujer cargada de dramatización.

—Mira, igual lo hago solo para que te calles —responde la voz de un joven airado.

—Serás capaz, desgraciao, yo que te lo he dao to a ti, que has salido de mis entrañas.

—Para qué diré nada... —dice para sí El Richal mientras continúa metiendo con paciencia la ropa en su maleta.

—Maaaaa calla ya, coño, que no oigo la peli —grita la Lore desde su cuarto.

—¡Eso, eso, cría cuervos que te sacarán los ojos! —La Asun se deja caer al sofá fingiendo un desmayo.

La paz vuelve a flotar con timidez en el pequeño piso unos instantes, hasta que el Richal aprovecha para cerrar a toda prisa la maleta, agarrarla con firmeza y dirigirse con pasos rápidos a la calle.

—Mira, niño, mal rayo te parta como seas capaz de salir de esta casa sin despedirte.

La Asun se incorpora con una agilidad impropia de su edad y condición física. Es una mujer machacada por la vida que sigue levantándose a pelear cada día como si fuese el último. Su mirada afilada y piel tersa por estar siempre en tensión hacen imposible que pase desapercibida. Aderezada con su permanente luto de color rosa porque el negro le hace parecer vieja.

Se pone firme señalando a su hijo, que está agarrando el pomo de la puerta para salir, como si le lanzase un maleficio.

—Pero mamá, pa lo moderna que eres cuando quieres y lo antigua pa lo que te interesa —dice La Lore saliendo de su cuarto, contoneando las caderas entre una armonía de pulseras, cadenas, pendientes y anillos suficientes como para convertirla en un pararrayos.

—Que te vaya mu bien, Richal, enséñales a esos de la Ciudad Nueva que también hay gente lista en la vieja. Abraza a su hermano y le marca su carmín rojo en ambas mejillas con sonoros besos.

—Eso, vete, huye de tu apestosa familia —murmura La Asun sin moverse de su sitio.

—Mira, mamá. ¡Ya vale! —El Richal deja caer la maleta y se gira para enfrentarse a su madre. —Llevas toda la vida taladrándonos con que tendría que haber más gente como Señor, que te consiguió el trabajo al fallecer papá. —

Comienza El Richal conteniéndose para no elevar la voz en exceso.

—No uses ese... —comienza a decir La Asun blandiendo amenazadora su dedo índice.

—Luego que yo pude estudiar gracias a sus centros para poder acceder a educación.

—Ea, ya te crees con derecho a replicar incluso a tu madre. —La cara de La Asun comienza a adquirir un peligroso tono a juego con su ropa.

—Y que con mis notas ayudaba a que otros de la Ciudad Vieja accediesen a ellos. —El Richal se esfuerza para bajar su tono hasta casi un susurro—. ¿Y cuándo me ofrecen un trabajo quieres que lo rechace? ¿Qué imagen daría para el resto de la Ciudad Vieja?

—¡Toma! De tu propia medicina Má ja, ja, ja —ríe La Lore dando una palmada y simulando que dispara a su madre con las manos.

—Encima, segurata —murmura La Asun mientras camina hacia su hijo y le da un abrazo.

—Pero en la Uni Má, eso no es nada —grita desde su cuarto La Lore, que parece prestar más atención a la discusión que a la película.

—Gracias, hermana —pero La Lore hace que no le oye; ha regresado a su cuarto a terminar de ver su película dando por finalizada la despedida.

—Nunca olvides de dónde vienes, hijo —dice La Asun soltando a su hijo y abriendo la puerta de la casa.

—Hermanito... —grita La Lore, corriendo de pronto hacia él con los ojos brillantes—. Espera, que me bajo contigo. He quedado con Fortunata en un rato pa desayunar.

La Lore apaga el monitor y corre hacia su hermano, que la espera con la puerta abierta.

—¡Hasta luego, mamá! —grita La Lore, cerrando la puerta y ahogando las protestas de su madre.

Bajan en silencio a la calle, que termina de desperezarse con calma.

El Richal se muerde nervioso los labios con la mirada fija en el suelo, saluda por inercia con la mano a los niños, que se lo devuelven deseándole suerte, y mira con cariño la descuidada calle donde también él jugaba a fútbol de pequeño.

—Eres un mierdas —dice La Lore con amargura en la voz, mirando a su hermano con un brillo de ira en los ojos.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunta El Richal con un hilo de voz.

—Nada, sigue lamiéndote las heridas. —La Lore se gira y comienza a caminar.

—¿Qué tal está? —pregunta con timidez El Richal.

—Jodida, ya sabes que lleva varias semanas jodida —responde La Lore sin detenerse.

—Yo... —musita El Richal, aunque La Lore ya ha girado la esquina—. Soy un mierdas —termina la frase para sí mismo.

Suspira resignado, sigue mirando la calle por la que ha girado su hermana para ir a casa de Fortunata, siente un pinchazo en el corazón y se gira para mirar la larga calle que le conducirá hacia la Ciudad Nueva.

—Casi dos horas —murmura mirando el reloj, agarra con fuerza su maleta y emprende el camino.

La Ciudad Vieja está dividida en secciones; la mayor parte son manzanas enteras abandonadas porque no llega la luz o el agua a ellas, y deben atravesarse varias hasta llegar a la siguiente zona habitada.

Vive en la periferia, por lo que debe atravesarla entera, algo que hace cada día su madre para ir a trabajar y él no había hecho nunca.

—Vaya palizas te pegas cada día, madre... —murmura El Richal siendo consciente por primera vez de la implicación de trabajar en la Ciudad Nueva sin tener vehículo.

Atraviesa los distintos barrios con paso rápido, aunque según se acerca a la frontera con la Ciudad Nueva comienza a fijarse en los detalles: las fachadas, arregladas y pintadas; las calles tienen las aceras reparadas; incluso hay cafeterías que tienen terrazas en ellas.

—Solo mi madre quiere recordar de dónde viene. —Murmura El Richal mirando sin disimulo varias parejas que están desayunando sentados en una terraza, charlando a gritos y riendo de forma exagerada.

A continuación llega a la Gran Avenida, cuatro carriles que bordean el Parque de las dos ciudades y por el cual cruzan vehículos que pasan de una Ciudad a otra, y por donde siempre se ve a los chicos de Platero y Yo circulando entre ellos, tomando nota de quién entra, sale y a qué hora...

—Pequeños espabilados —sonríe mientras ve cómo lanzan globos llenos de pintura a la luna de un vehículo cuyo conductor intentó golpear con la puerta a una niña que iba en patines. Al ver a El Richal, dos niños corren y colocan un largo palo para detener el tráfico. El Richal les sonríe agradecido y les da unas monedas, tras lo cual se apartan corriendo para dejar que continúe el tráfico; ningún conductor protesta por la maniobra.

—¡...Y no piensan hacer nada! —grita el hombre del vehículo inmovilizado por la pintura a una pareja de policías que están en la entrada del parque de las dos ciudades.

—Buenos días —saluda El Richal al pasar junto a ellos conteniendo la sonrisa.

—La rotonda pertenece a la Ciudad Vieja, y está fuera de nuestra jurisdicción —dice con voz cansada uno de los policías mientras saluda con la cabeza a El Richal.

—¡Pero ustedes han visto lo que han hecho a mi coche! — exclama con la cara roja de ira el hombre.

—También hemos visto cómo usted abría la puerta del conductor en la calzada...

—Y ahora tendrás que pagar la grúa de Acher, listo — murmura El Richal adentrándose en el parque y no pudiendo escuchar cómo termina la conversación, aunque le encantaría quedarse cerca disimulando.

Nunca antes había estado en el parque de las dos ciudades. Pasea despreocupado bajo la sombra de los árboles, sorprendido de lo cuidado del césped, los macizos de flores y, sobre todo, la cantidad de jardineros que están trabajando.

—Tan cerca y tan lejos... —murmura acelerando el paso al fijarse en su reloj y ver la hora que es.

El parque está dividido en dos por un lago habilitado para que naveguen tanto barcas como patines acuáticos con forma de cisnes, patos, tortugas..., que suelen estar ocupados por parejas o familias con sus hijos.

Los peatones disponen de cuatro puentes para poder cruzarlo. El Richal se detiene frente a uno de ellos: es de madera, se nota que recibe lijado y barnizado de forma periódica. Lo atraviesan sin cesar gente haciendo deporte, paseando a los perros o ancianos paseando con todo el tiempo del mundo.

El Richal lo percibe como un enemigo, una última línea que le desafía a cruzarla. Al fin tensa la mandíbula, estira la espalda y avanza decidido para cruzarlo sin mirar atrás.

No puede evitar sentir un escalofrío al hacerlo. No se atreve a mirar a su alrededor; aprieta los labios, tensa los músculos y acelera el paso para salir de ese parque.

—Dios mío... —dice al atravesarlo y llegar al otro extremo de la Gran Avenida. —¿Esto qué es? —se pregunta a sí mismo.

Siente que la Ciudad Nueva lo desprecia: sus rascacielos lo miran hinchando el pecho, desafiantes; sus cristaleras lo ciegan intentando ahuyentarlo. Calzadas de cuatro carriles, aceras de cinco metros de ancho con hileras de árboles para tener sombra en verano, semáforos en funcionamiento, escaparates de tiendas de tres metros de altura.

Cuando logra reponerse continúa su paseo hasta llegar a las grandes avenidas centrales y comenzar el último tramo que le separa de su destino. A lo lejos ya puede ver el tejado característico del Paraninfo de la Universidad. Deja la maleta en el suelo, se enjuga el sudor y se permite mirar a su alrededor.

—Es como en las películas... —musita El Richal asombrado—. Tan cerca y tan lejos.

—¿Cómo podía estar tan equivocado? —murmura al ver una pareja de barrenderos con un uniforme limpio recogiendo unas hojas de los árboles al borde de la calzada. —Un trabajo de mierda más —se dice a sí mismo recordando lo que pensó al recibir la oferta de trabajo.

Ya puede ver el edificio del paraninfo al otro lado del paso de cebra. Vuelve a mirar a su alrededor como si acabase de despertar de un profundo sueño.

Todo está limpio: no solo no hay basura, tampoco piedras, ramas secas; las ventanas de los edificios están limpias... Al cruzar el paso de cebra siente que sus vaqueros y camiseta están gastados.

Se ve reflejado en la cristalera de la puerta de entrada del Paraninfo. Le sudan las manos, se avergüenza tanto de la ropa que lleva en la maleta como de la propia maleta. A través de su reflejo ve unas personas discutiendo en el interior.

Deja de respirar, no se atreve ni a moverse. Un hombre bajo, grueso y calvo lo ve, lo señala y se dirige hacia él.

—¡Esto qué es! ¿Vais a venir ahora todos los pordioseros aquí? —grita entreabriendo la puerta de cristal.

—Yo... —El Richal en otra circunstancia le hubiese dado una buena paliza, pero este no es su ambiente, no conoce las reglas, se siente indefenso.

—¡Anda, si por lo menos sabe hablar! —dice ametrallándolo con saliva.

—Soy El... Ri...Ricardo, señor —logra decir al recuperarse —. Soy el guardia de seguridad nuevo, vengo a hacer una sustitución.

El hombre lo mira con incredulidad, cierra de nuevo la puerta y se aleja para entrar en una habitación lateral. Tras unos minutos vuelve y abre la puerta para que pase.

—¿Así que vienes de la Ciudad Vieja, eh?, de los centros de formación —dice mientras comienza a caminar con paso rápido por el pasillo sin esperarle.

—Así es, Señor... —dice El Richal esperando que el hombre se presente.

—Otto, soy el Rector y ahora mismo voy a saber si sirves para este puesto o no. Al decir esto se detiene frente a una salida de emergencia.

—Ahí fuera hay un pordiosero rebuscando entre la basura, deshazte de él. Cuando lo hagas ve a recepción, ahí te darán tu contrato y te explicarán todo. —Otto se gira sin darle tiempo ni a abrir la boca—. Y date prisa, a las once

tenemos un evento y quiero que te encargues de que nadie ande rondando por estas zonas exteriores.

Otto está ya a varios metros de distancia, pese a ello El Richal nota cómo si le estuviese gritando al oído.

—Pues empezamos bien... —murmura abriendo la puerta y saliendo al exterior.

Es un patio trasero amplio, con suelo de hormigón y cuatro grandes contenedores. Hay un hombre inclinado sobre uno de ellos y, en el suelo junto a él, varias pilas de carpetas y folios.

—Señor, esto es una propiedad privada, no puede estar aquí —dice forzando la voz, preguntándose qué tono debería emplear como guardia de seguridad.

—No estoy haciendo daño a nadie... —responde el hombre mientras se baja y se gira en su dirección.

—¿Domingo? —pregunta sorprendido El Richal.

—¡Richal! ¿Pero qué haces aquí? —Domingo se acerca a él sonriendo.

—Me han llamado para trabajar, un tipo se ha puesto malo o algo así, tengo que cubrirle una semana —responde entre aliviado y avergonzado por la situación.

—Vaya, vaya, has empezado a trabajar en la Ciudad Nueva, ¡enhorabuena, hombre!

—No sé qué decirte, lo primero que me han dicho es que me deshaga de ti, así que... —El Richal baja el tono de voz al darse cuenta de lo que acaba de decir.

—Tranquilo, hombre, ya me marcho. —Domingo se gira y recoge las montañas que ha preparado—. Platero y Yo van a montar un podcast o algo así en el bar, ¿sabes?

—¿Pero tienes equipo en El Perro Borracho? —pregunta sorprendido El Richal.

—Yo solo pongo el local —dice caminando hacia la salida acompañado por El Richal—. Y como siempre aparecen

muchos chavales con ellos, pues los entretendré enseñándoles a dibujar.

—¿Vas a volver a dibujar? —pregunta sin poder ocultar la sorpresa El Richal.

Domingo se gira, da un cariñoso golpe en el brazo a El Richal y le sonríe.

—Sí, me he cansado de quejarme y quiero hacer algo. Estos chavales siempre están alegres y haciendo cosas. Yo también quiero hacer algo.

El Richal lo mira a los ojos, recuerda cuando de pequeño todos corrían a ver a Domingo para que les hiciese dibujos con bolígrafo en los brazos y presumían de tener tatuajes... cuando no estaba tan borracho que no podía ni sujetar un bolígrafo, claro.

—¡Me alegro por ti, chaval! —grita Domingo levantando el brazo a modo de saludo mientras regresa a la calle.

—Y yo por ti, Domingo.